

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IV

Mahón 20 de Marzo de 1930

Núm. 363

Galería de hombres Célebres

José de Letamendi de Menjarres

Este escritor y eminente médico español, nació en Barcelona en 11 de marzo de 1828.

Muy joven todavía quedó huérfano de padre y no contando su madre con sobrados recursos, padeció no pocas privaciones durante su juventud, sobre todo en los años 1840 y 1843, en que Barcelona fué víctima de grandes trastornos públicos.

Letamendi, para aliviar algún tanto la precaria situación de su familia, se dedicó a dar lecciones de las mismas asignaturas que iba cursando, y habiendo ingresado en la Facultad de Medicina, estableció un curso de repaso de anatomía al que acudieron sus condiscípulos en gran número.

Durante su carrera que siguió con mucho aprovechamiento, ganó por oposición algunos premios y plazas, hasta obtener la cátedra de Anatomía en la Universidad de Barcelona, en 1857.

En 1878, obtuvo la cátedra de Patología general de la Universidad Central, y luego desempeñó los cargos de Decano de la Facultad de Medicina, vocal del Colegio de Sanidad, consejero de Instrucción pública, senador del Reino y otros varios.

Enemigo de la ostentación, no aceptó en su vida más que la cruz de primera clase de la Orden Civil de Beneficencia. De los diecinueve años que vivió Letamendi en la Corte, puede decirse que pasó dieciséis enfermo, de mayor o menor gravedad, a pesar de lo cual asombró al mundo con los prodigiosos frutos de su vasta cultura, inteligencia y actividad, y con la variedad y extensión de sus conocimientos, pues brilló en la cátedra como brilló en el Ateneo y en todos los cargos que desempeñó.

Era, además, humorista en grado sumo, como lo prueban las muchas anécdotas que de él se cuentan. Pasó toda su vida consagrado al estudio y a la enseñanza, habiendo trabajado mucho en pro de la cultura de España, y no se circunscribió a una sola rama del saber humano, pues fué médico, escritor, poeta y pintor.

La lista de sus obras, algunas de las cuales están escritas en francés, es considerable y se refieren a distintas materias, como derecho, pedagogía, filosofía, economía, antropología y sobre todo medicina. Como cultivador de la música, Letamendi mereció el parabién de los amantes del llamado arte divino, declarándose wagnerista entusiasta.

Letamendi, perito en idiomas, filósofo y polemista formidable, orador disertador, anatómico habilísimo, operador notable, pensador profundo y genial, espíritu recto y muy penetrante, ha sido uno de los varones más sabios y originales de la medicina española.

Este médico catalán, cuyo personalidad mejor se conocerá leyendo sus obras, sus cartas y reformas, falleció en Madrid el 6 de julio de 1897.

El Ayuntamiento de Barcelona puso el nombre de Letamendi a una plaza, y Madrid a una calle, como recuerdo a la memoria de tan ilustre patricio, pero la historia de la cultura médica española le reservará una página de honor, bien merecida por cierto.

B. S. N.

HISTORIA NATURAL

LA SERPIENTE

Las serpientes, de la familia de los ofidios, son reptiles de forma alargada. La forma típica de las serpientes, unas son vermiformes; otras son más o menos cortas o más o menos gordas, con la cola muy larga y afilada, unas especies y corta y truncada otras, y algunas terminando en una uña córnea.

Las serpientes tienen la piel cubierta de escamas pequeñas, las del dorso, cuello y supra-caudales y mayores las ventrales. Sobre la cabeza tienen escudetes cuyo número, forma y disposición son característicos de cada especie.

Una de las particularidades más notables de los ofidios es el recubrimiento de toda la piel e incluso los ojos, por una delgada película córnea, que cambian periódicamente varias veces al año. Esta piel transparente empieza a desprenderse de los labios y luego continúa la parte de la cabeza, cuerpo y cola, quedando la piel desprendida en su totalidad y vuelta al revés presentando tan exactamente la forma de escamas y escudetes del individuo, que no es difícil determinar la especie a que pertenece.

En las serpientes de cascabel o crótalos, cada pieza del cascabel es una parte de una de las pieles cambiadas que ha quedado retenida.

La cabeza de estos reptiles, es triangular con el cuello bien marcado, otros tienen la cabeza alargada con el cuello poco determinado y algunos tienen la cabeza casi cilíndrica como el cuerpo; sus ojos son redondos con pupila circular o vertical y raramente horizontal; carecen de párpados y tienen el ojo protegido por una membrana transparente convexa como el vidrio de un reloj.

El sentido del olfato está en las serpientes bastante desarrollado; el oído lo tienen menos perfeccionado que los saurios; la lengua es larga, filiforme, protáctil y bifida, estando siempre húmeda, tienen muchos corpusculos sensitivos del tacto y del gusto. La inteligencia de las serpientes es inferior a la de los lagartos, y si bien generalmente se cree que tienen cierta sensibilidad para la música, parece que no es así; sino que lo que sienten es el miedo que les causa el «encantador de serpientes», cuyos movimientos siguen.

Uno de los caracteres más llamativos de las serpientes es la gran dilatabilidad de la boca, pues es frecuente que tales reptiles ingieren animales de mucho más calibre que ellos mismos.

Las serpientes son diurnas, nocturnas y crepusculares, según sea la hora de su mayor actividad, son terrestres, arenosas, subterráneas arborescentes, marinas y acuáticas, según sea su morada habitual. Su alimentación consiste, en gusanos, insectos y miriápodos, las de la vida subterránea y terrestre; reptiles, batracios y aves, las arborescentes; y peces y batracios, las acuáticas. Algunas muestran predilección por los mamíferos, siendo curioso el que los mamíferos espinosos no sean rechazados por alguna especie; otros se alimentan únicamente de huevos, y algunos se nutren de otras serpientes. Entre estas últimas es especialmente interesante la «Mussurana», serpiente negra, brillante, del Brasil, que ataca y engulle casi exclusivamente serpientes venenosas, motivo por el cual, el Instituto de Butantan, recomienda su protección oficial, como uno de los medios de lucha contra el ofidismo, comprendiéndose bajo este nombre, los accidentes mortales y los más o menos graves causados por las serpientes venenosas.

La mortalidad causada por las serpientes venenosas es terriblemente elevada en la India y el Brasil; pasan de 25.000 el número de vidas humanas perdidas anualmente por la acción del terrible veneno de tan peligrosos reptiles.

En general, se encuentran serpientes en todas las partes del mundo, excepto en las regiones frías y en Islandia, Irlanda y nueva Zelanda.

Las especies son numerosísimas y variadas; pero entre las más interesantes se cuentan la serpiente boa la cual durante la digestión de las grandes presas que constituyen su alimento, cae en profundo sopor, del que a veces es difícil despertarle; el «tropicónoto de coila», curiosísimo por su habilidad en tragar vivas multitud de ranas; la «culebra de Esculapio», ejemplar difundido por los romanos; la «canela lisa», que ataca furiosamente cuando se la quiere capturar, pero que luego se acostumbra al cautiverio, llegando a ser tan docil que coge la comida de la mano de su dueño; la «cobra de anteojos», peligrosísima, y de la cual se valen los «encantadores de serpientes», valiéndose de su estado de letargo o cansancio; «pitón tigrino», la serpiente mayor del viejo mundo, pues puede llegar a alcanzar hasta diez metros, se alimenta de terneros y antílopes y no desprecia al hombre si puede arrojarse a su cuerpo y matarlo por constricción; la «víbora de Russell», una de las calamidades de la India, pues su mordedura es terriblemente venenosa; la «víbora cornuda», venenosa también y que se pasa la mayor parte del día hundida en la arena, el «surucucu», la más terrible de todas las serpientes por su mordedura mortal, no habiéndose todavía podido preparar un suero activo para combatir su veneno: la «serpiente cascabel», propia del Arizona y N. de la Argentina, muy curiosa por su coloración y, finalmente, la «víbora del desierto», temible monstruo, tanto por su exagerada longitud como por su terrible mordedura.

B. S. N.

Justicia para todos

Carlos, rey de Nápoles, administraba justicia a sus súbditos todos los días, rodeado de sus ministros y consejeros. Temiendo que los guardias no dejaran entrar a los pobres, hizo colocar en la sala misma donde daba audiencia una campanilla cuyo cordón terminaba en la pared exterior del palacio. Un caballo viejo, abandonado por su amo, fué a frotarse en esa pared precisamente en el sitio donde pendía el extremo del cordón, e hizo sonar la campanilla.

—Hagan entrar al que llama—ordenó el rey. Un instante después el guardia a quien había dado el orden regresó diciendo:

—Ha sido un caballo. El caballo del señor Capecca.

Los circustantes se echaron a reír. —No hay motivo de risa—dijo el rey.—La justicia debe alcanzar también a los animales. Llamad a Capecca.

Cuando este señor se presentó ante él, preguntó el soberano:

—¿Que caballo es ese que dejás vagar abandonado?

—¡Ah, señor! Fué en otro tiempo un hermoso animal. Hizo conmigo veinte campañas; pero es muy viejo; ya no sirve para nada, de modo que cuidarlo y alimentarlo sería pura pérdida.

—Sin embargo, el rey mi padre te recompensó bien—observó el príncipe.

—Es cierto; me colmó de recompensas.

—¿Y tú no te dignas siquiera alimentar a ese pobre animal que tantos servicios te prestó y que fué parte para que ganaras las recompensas que recibes? Es preciso que le des lugar en tus caballerizas y le hagas cuidar como a los demás animales domésticos; de lo contrario te retiraré mi favor.

T. B. O.
SEMANARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados
Historietas - Cuentos - Chascarrillos.
Precio: 0'10 pesetas.
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

Dominguín profesor

La víspera había decidido el Abuelo salir al campo con los niños, pero como amaneció lloviendo, desistieron de la jira campestre, y se acordó en Asamblea infantil, ya que entre los niños de la casa y sus amiguitos del vecindario se juntaban nueve criaturas, que aquella tarde funcionarían el Pathé Baby que había comprado el Tío Carlos, proyectándose películas instructivas.

Media hora antes de la señalada para la exhibición, ya estaban revolviéndolo todo aquellos diablillos, viendo como el Abuelito preparaba la máquina, la pantalla y todo lo menester.

Colocada en sus sillitas la infantil concurrencia, dió principio la función, que corrió a cargo de la señora Consuelo, el ama seca que cuidaba del buen orden en el pelotón infantil.

Extrañóle al Abuelo que Dominguín y su hermanita Elisa no estuvieran entre el concurso, y como le intrigara aquella anomalía, dirigióse silenciosamente a la amplia galería donde solían reunirse los niños, y que servía al muchacho de cuarto de estudio.

Y el asombro del anciano no tuvo límites al ver a Dominguín sentado a su mesa, y a Elisita que miraba atentamente como escribía su hermano, diciéndole al mismo tiempo:

—¡No, mujer, no!... Atiende bien a lo que te digo: Si tú tienes en tu hucha, que según dice el Abuelo, es tu caja de caudales, diez pesetas, ¿por qué las tienes?...

—¡Toma!... Pues las tengo porque tío Carlos me las dió al marcharse a París.

—¡Bien! Pero como si no te las hubiese dió tú no las tendrías, se las debes a tío Carlos.

—¡No, señor! ¡No se las debo, porque me las dió para mí!

—Ya lo sé, mujer; pero para las cuentas es como si se las debieras.

—Es que me habías asustado, pero si no se las debo, lo mismo da.

—Es porque, fíjate bien: en la buena contabilidad, todo el que recibe algo, lo debe, y todo el que da, acredita lo que da de aquel a quien lo ha entregado, y eso me lo ha dicho el Abuelito, ¿comprendes?

—¡Dices que el que cobra debe, y el que paga acredita?

—¡Sí, hija! ¡Si es claro como el agua!

—Pues mira, Dominguín; será tan claro y tan agua como quieras; pero yo no lo entiendo...

—¡Porque eres tonta, y porque las mujeres no entendéis de nada, por eso! ¡No te he dicho que es una suposición? Vamos a ver; escucha atenta; a ver si logro que me comprendas. Mira: ¿ves mi caja?

—No, eso no es una caja; eso es una hucha.

—Sí, pero es una hucha a la que yo llamo caja, como si quisiera llamarle otra cosa.

—¡Ah, bueno, bueno! Lo es porque tú lo quieres...

—¡Naturalmente! ¿Ves?... Yo meto en la caja unas pesetas, y como yo las he metido en la caja, la caja me las debe... ¿No te parece?

—No se las des, y no te las deberás.

—¡Calla, calla, analfabeta!...

La nena, ofendida, dió un respingo y empezó a jmotear.

—¡Abuelito!... ¡Dominguín me pega!...

Y rompió en un llanto ensordecedor, porque la niña tiene un resuello que quita el sentido.

El Abuelito, que ha estado oyendo el diálogo, se presenta y dice!

—¿Qué es eso?... ¿Ya estamos de pelea?...

—No, Abuelito, no. Es que quería enseñarle lo que he aprendido de ti en contabilidad por partida doble, y no hallo manera de que me entienda.

—¿Y tú estás seguro de haberlo entendido bien?

—¡Sí, Abuelito! ¡Creo que sí!

—¡Ah!...

—Digo creo; pero casi estoy seguro de que sí.

—Pues vamos a ver si sobra el *casi*. Y tú, Elisita, siéntate aquí, a mi lado, y oye lo que dice tu hermano, a ver si se te queda algo.

—Sí, Abuelito—cespita la niña enjugándose

los lágrimas que la brusquedad de su hermano la hizo verter.

-A ver, Domingüín. ¿cuánto dinero tienes en Caja?

-Voy a demostrártelo, y tú me dirás si está bien.

Table with columns DEBE, CAJA, and HABER. Rows include items like Mayo 1.º, A varios, Mayo 17, A Mercancías, Mayo 26, and Exist. en Caja.

Resulta que tengo en Caja pesetas 170'15. ¿No es así, Abuelo?

-¡Así es, hijo mío! Con lo que has hecho has cerrado esa cuenta, y la vuelves a abrir escribiendo en el Debe el saldo, como ya lo has hecho.

«Si el Debe y el Haber hubiesen sumado igual cantidad, la cuenta, en vez de cerrada, hubiese quedado liquidada.»

«No olvidéis que en la Cuenta de Caja, el Debe ha de ser siempre mayor que el Haber, porque no es posible sacar de la Caja un dinero que no tiene.»

«Y acuérdate, Domingüín, que no puede existir en el libro Mayor ningún asiento que no esté en el Diario de que hablamos la semana pasada.»

-Lo recuerdo, Abuelito. Es como si el Diario fuese la clauca y el Mayor el que recoge los polluelos que el Diario empolla.

-¡Vaya un simil avícola que has hecho pillín! Y no está mal; no, no está mal.

ABUELO

PAZ Y GUERRA

LEMA: AMOR A MI PATRIA.

Poema patriótico militar dividido en tres cantos

- POR -

RAMÓN TEJEDOR CARRERAS

Premiado en el Concurso de Trabajos del Casino de Clases de esta ciudad.

¿Qué es patria? preguntabas de pequeño, sentándote a mi lado sonriente, y apoyando tus manitas en la frente, suplicabas entonces con empeño; ¿qué es la patria? decías enfadado, cuando yo contestarte no quería, y entonces cariñosa te decía: es algo que es sublime y es sagrado.

Es la patria el lugar en que nacemos, el sitio en que vimos la luz primera, el lugar que ondeaba la bandera; la patria es el lugar que más queremos, la adoramos con íntimo embeleso, porque ella es quien nos ama y quien nos guía; nuestros padres la forman desde el día que cubren nuestra frente con un beso.

La patria es lugar de los amores, de tristezas, de alegrías, de desvelos, el sitio en que vivieron los abuelos, el suelo en que reposan los mayores.

Tanto amor en las almas se condensa, que si alguien ofendiese la bandera, sería necesario que muriera, para lavar con sangre aquella ofensa.

Y entonces se levantan inhumanos, cargados de rencor que hace cegarles, y aquel odio infernal hace olvidarles, que somos ante Dios todos hermanos; y estallan de dolor los corazones, al rugir de los rudos cañonazos, y entonces se deshace en mil pedazos, el lazo que abrazara dos naciones.

Y entonces el fantasma de la guerra, ha extendido sus alas tenebrosas, y después de arrancar todas las rosas, siembra flores de sangre en nuestra tierra, y el llanto va quemando los cantares cuajados de cadencia y de poesía y en tristeza se convierte la alegría y llena de dolor nuestros hogares.

Y cuando sea hombre me decías, ¿habrá guerra? y empuñabas una espada, una espada ya vieja y oxidada, que tirada en el suelo la tenías.

Yo querré con locura a mi bandera, será grande mi amor hacia mi tierra, pero diga entonces, ¿habrá guerra?, y yo te contestaba, ¡Dios no quiera!

Es que yo por la patria lucharía, con valor y morir en la campaña, ¡oh! morir por mi patria, por España, es la gloria mayor que yo querría.

Y entonces te besaba yo en la frente, pensando en la ilusión que tu querías y en mi hijito pequeño ya veía la imagen de un soldado muy valiente.

FIN DEL PRIMER CANTO

II

¡Adios!... ¡adios!... el ser que más amaba, se fué porque la patria lo quería, la ilusión aquella que tuvo un día, ahora de mayor se realizaba.

Recuerdo que te dije aquella tarde: procura hijo del alma honrar tu nombre, defiende tu bandera como un hombre; no huyas de su amor como un cobarde; y es tal seguridad y tal certeza, la que tengo porque sé que ha de cumplir, si es preciso antes morir sabrá morir, que manchar con deshonra mi cabeza.

No temas al fragor de la batalla, ni temas a aquel fuego que rescalda, que atraviése tu pecho, no tu espalda, el hierro de mortífera metralla.

Era fría la tarde y las cornetas, ofanse lejanas trepidantes, y pasaban los mozos delirantes, que cantaban al compás de las trompetas.

Quien pudiera ser joven como ellos, marchar entre las nubes de la gloria, y luchar afanosos de victoria coronar con laureles sus cabellos; y envueltos entre bellos resplandores tornar de aquellos trágicos lugares, para luego volver a los hogares cantando entre el tronar de los tambores; para que luego escuchen los oídos, cansados del tujir de los cañones, las voces de los tiernos corazones

-Me horroricé cuando la ví; no comprendo que se hable tanto y más cuanto de sentimientos de humanidad y se desatienda la más grave de las obligaciones humanas; que se hable de amor a los hijos y se les recluya en una cuadra. Está visto que la educación sigue siendo por desgracia la obligación más desatendida de todas.

-Así nos luce el pelo—exclamó doña Salud—y así estamos.

-Yo creo,—continuó la duquesa—que mientras la escuela no esté asistida de todos los concursos sociales, no se saldrá de la penuria dolorosa y de la miseria que la envuelven dificultando su misión. Como institución del pueblo y para el pueblo, se debe hacer que éste logre interesarse por ella con todo cariño, hasta considerarla como algo imprescindible de su vida, como el espíritu del propio hogar. Ustedes hacen mucha labor en este sentido y me parece que si se siguen organizando esas Ligas de Amigos y de padres, cundirá mucho su transformación. Ya ven ustedes: yo no sabía, ni remotamente, lo que eran las escuelas; sólo había conocido el internado donde me educué. Y de mi amistad

con una maestra de Asturias han llegado a interesarme hasta tal punto los problemas y cosas de la escuela que algunos me tratan de chiflada. Pero oigan ustedes y alégrense; mi chiflatura va contagiando a otros espíritus. Muchas amigas mías se interesan ya también y en Valdettoras hemos conquistado a la señora viuda de Estrada. Por eso decía que de esas Ligas y esos trabajos se puede sacar mucho partido.

-No olvide usted que todas las grandes obras están erizadas de dificultades y que la de la escuela es tan trascendental que no puede verse nunca libre de enemigos y de detractores. Lo que importa es armarse de valor y de paciencia y salvar los obstáculos a todo trance por amor a los niños—acabó María Victoria en un arranque de entusiasmo.

Se habían levantado las señoras y los caballeros que departían con doña Mercedes y acercándose a la señorita de Mur, la saludaron despidiéndose con grandes muestras de consideración. Doña Ceferina se volvió a calar los imperitinentes de concha y nácar para analizar a su sabor la figura de la maestra de Valdettoras, y sin salir de su asombro al verla tan tranquila al lado de toda una duquesa, una duquesa auténtica, íbase diciendo escaleras abajo:

-¡Válgame y válgame, que cosas ve una al cabo de tantos años! Algunas personas, por lo visto, tienen perdida la cabeza. ¡Mira que toda una duquesa de paseo con una pobre maestra!

SALDO DE CHISTES MA

La tía Robustiana está gravemente enferma. -Si la tía se muere—dice el mayor—los sobrinos—seré víctima de un espantoso. -Pues yo—dijo el menor—sederó de ultramarinos.

¿Por qué no te casas?—le preguntaban a un maestro de escuela forzadamente.

-Porque no encuentro mujer que reúna las condiciones del alfabeto: la quiero Amante, Bella, Culta, Casadora, Delicada, Educada, Firme, Generosa, Humilde, Ingenua, Joven, Limpia, Llana, Madrugadora, Noble, Obediente, Pacífica, Quieta, Rica, Sincera, Trabajadora, Virtuosa y Zelosa de su honra.

A Pepito le dan siempre mala nota en la clase de aritmética.

Su padre le lleva una noche al campo para que vea trabajar a unos perros ciegos.

¿Ves, Pepito, ves cómo ese niño sabe contar mejor que tú?

-¡Sí bueno, pero hazle alguna pregunta de Geografía y ya verás!

-Oiga usted, tío Damián, ¿cuánto vale el kilo de peras?

-¡Cincuenta céntimos!

-Pues luego las llevaré, porque tengo más que dos reales en el bolsillo.

¿En qué se parece Madrid a un chillo?

-En que tiene corte.

¿Cuál es el colmo de un arquitecto?

-Hacer castillo en el aire.

Entre pescadores de caña.

-Compañero, ¿pican mucho los peces en ese sitio?

-No puedo decirselo; sólo hace tres días que me he sentado aquí.

¿En qué se parece un reloj a Ford malo?

-En que se paran.

¿En que se parecen los colegios a estanque del Retiro?

-En que hay peces.

¿Cuál es la fruta que tiene el nombre de una herramienta?

-La lima.

Imp. de Manuel Sintet Rotger.—Plaza del Príncipe

FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

EL SECRETARIO

— POR — RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(74)

un compás de espera producido al detenerse a mirar a los seminaristas que cruzaban la ladera del monte, desde cuya cima contemplaban la fiesta a vista de pájaro, la duquesa de Mur fué preguntando a sus nuevas amigas sobre sus niñas y sobre sus escuelas.

-Se indignaría si viese la mía—exclamaba la maestra de Gilo, una joven rubia casi estilizada.—Es una bodega con dos ventanas de medio metro. Me lleno de angustia al entrar.

-Pues la del Rinconal es peor; además de pequeña es mal oliente. Los únicos huecos dan a las cuerdas de un vecino. Eso sí; nos dan conciertos las vacas y nos distraemo lindamente—añadió la maestra de este pueblo con dos o tres discretas risas.

-Doña Victoria ya conoce la mía—dijo la de Valdettoras.—Allí si que soplan los vientos del arte.